



LA BATALLA DE CLAVIJO.

Improvisación dramática en un acto, en verso, por D. FRANCISCO ZEA, representada por primera vez en el teatro del Museo, en el mes de Mayo de 1847.

(Tercera Edición.)

PERSONAJES.

EL REY DON RAMIRO,
 ANDERBAUMAN, rey moro.
 OUDOÑO, guerrero cristiano,
 UN SOLDADO.

El teatro representa un campamento.

ESCENA PRIMERA.

D. RAMIRO y OUDOÑO.

OND. Qué, así se abate un corazón valiente!
 Así á la voz de su fatal destino
 dobla un monarca la altanera frente!
 Volveremos á hollar nuestro camino,
 no ya con planta firme y pecho osado
 como el que, entre la lid, laureles halla,
 sino con pena y ánimo postrado
 como el que huyó vencido en la batalla...?
 Cuando al noble español ansia le aguja
 de pelear, en tan contraria suerte,
 la vergüenza queréis que humilde elija
 teniendo al par á su elección la muerte...?
 Respondedme, señor! Mas no valdría
 morir matando, perecer con gloria,
 que al moro abandonar en su porfía
 un pedazo de honor con la victoria...?
 No quisierais mejor que vuestra gente
 clavase sobre el campo su bandera,
 aunque yaciere al pié, que la insolente
 faz del contrario ver triunfante y fiero...?
 Cuando el sol de mañana alumbró el suelo,
 para orgullo mayor de esos villanos,
 queréis que cubra el español su duelo,
 su vergüenza, que es mas, con ambas manos...?
 Ah! pensadlo, buen Rey; pensadlo, os digo!
 Que al peligro tornar la España os vea!
 Si humillar no podéis al enemigo,
 hoy este campo nuestra tumba sea!

RAM. Valeroso soldado, cuyo acento

despierta mi altivez; cuya mirada
 la llama enciende en mí del ardimiento
 dentro del corazón casi apagada.
 Habla! Vuelva á escucharte el régio oído;
 mi vista á tus palabras centellea;
 mi voz es de la patria el alharido;
 es el clarín que llama á la pelea.

OND. Tal vez hablé á mi Rey con osadía,
 mas que no olvide, ante mi audacia espero,
 que ha un instante no mas por él blandía
 y por mi pobre religion mi acero.
 Soldado soy; el corazón me late
 á la voz del honor, la gloria ansio;
 nada á mi fiera intrepidez le abate;
 peleo hasta morir, muero con brio.
 Por mi Dios, por mi patria y soberano
 dar mi sangre juré... santa promesa!
 Por ella el hierro empuñará mi mano
 hasta que sorba mi valor la huesa.
 Por ella si cuando la noche nubria
 cortó ha un momento la indecisa lucha,
 paré vuestro corcel, y, á la acción mia,
 levantóse en redor sorpresa mucha.
 «Sois mi dueño y señor, díjole osado
 el vasallo á su Rey, oid empero
 el resuelto lenguaje de un soldado,
 la franca voz de un corazón guerrero.»
 «Sé que á favor de la tiniebla oscura
 vais vuestro campo á abandonar prudente,
 viendo, no del contrario la bravura,
 sino el número inmenso de su gente.»
 «Un Rey cristiano á la esperanza niega
 un asilo en su alma...? ¡oh, no, es mentira!
 La hora, señor, de la esperanza llega,
 Dios nos dará los rayos de su ira.»
 «¿Teméis por esos bravos campeones?
 Cuando la muerte su carrera alaja,
 si la gloria va en pos, de sus pendones
 saben fieros hacerse una mortaja.»
 «Den un hora al descanso, porahueña;
 pero vuelvan después, y en anchos rios
 sacien de impura sangre sarracena

la avara sed de sus ardientes brios.»
«Poneos á su frente... Alma bastante
tiene mi Rey para vencer lidiando...
Oh! triunfo tan magnífico y gigante
la afrenta borraré de nuestro bando.»

«La patria os cantará dignos loores,
vos la bareis esperar otro destino,
y las doncellas cubrirán de flores,
cuando os tornen á ver, vuestro camino.»

«¿Creeis casi imposible la victoria...?»

¡Así con mas pujanza lidiaremos!
¡Un hora de descanso, y á la gloria
ó la muerte (por Dios! luego volemos!...

Esto os dijo, señor, aquel osado
con el lenguaje que aprendió en la guerra,
y esto la voz de su leal soldado,
le repite á su Rey, rodilla en tierra. (*póstrase*)

RAM. Alza, valiente; á perecer iremos,
mi palabra te doy; como cristianos
la bandera de Dios defenderemos,
contra el odio y poder de esos paganos.
Muchos son... moriremos. La fortuna
hizo traición, dirán, á su braveza,
pero no hay en su honor mancha ninguna,
su gloria ha sido igual á su altiveza.
Y quién sabe?... De Alfonso la cuchilla
no llenó de pavor á la canalla
cuando Mauregato la mancilla
con la sangre lavó de una batalla?
Oh! este recuerdo al corazón me llega!
Es preciso lidiar, y si el destino
nos roba el lauro en la azarosa brega,
muramos con valor, no hay mas camino.
Pedazos de su honra el mahometano
osa á España pedir?... Oh! mucha suerte
fuera ajar su altivez!...

ORD. En vuestra mano,
señor, teneis vuestra salud, su muerte.
Véannos otra vez en la pelea
y... cegarán, no lo dudeis.

RAM. Mi aliento
de cristiano y de Rey hace que crea
lo que le acaba de anunciar tu acento.
Vé; dí á mi gente que mañana, apenas
el alba asome, su invencible brio
nadar hará á las huestes agarenas
de hirviente sangre en anchuroso río.
Que, delante de todos, don Ramiro
irá como quien es, tranquilo y fiero,
á recoger el último suspiro
del que en tan ruda lid caiga primero.
Que estén á mi voz prontos!... Que abatida
la patria en su dolor, llora y espera!...
Eso dirás.

ORD. Señor, vuestra es mi vida
(*inclinándose.*)
Tú verás del infiel la hora postrera,
(*ap. al salir llevando la mano á la espada.*)

ESCENA II.

D. RAMIRO, solo.

En tí mi aliento confía,
padre soberano y justo,
poderoso Dios, que huellas
el cielo, el abismo, el mundo!
Hé aquí á tus hijos; el alma
cubierta llevan de luto;

sin tu luz... van tropezando
por este sendero oscuro.
Mañana...! oh! mañana el viento
ayes hendirán profundos,
Botará entre cielo y tierra
de polvo un celaje turbio...
—;Si triunfasen mis valientes!
Oh! aunque en tan pequeño número,
en la fuerza de su brazo,
fia aun mi corage mucho.
Triunfarán, si... que del moro
van á sacudir el yugo,
á dar honra van á España
y su Dios lo vé con júbilo!
—Si él no los ayuda ahora
su esperanza es el sepulcro!
Ah! sobre mis hombros siento
del cansancio el peso rufo!
Si adormir pudiera en calma
la zozobra con que luchó!
Entrar quiero en esa tienda...
Paz bajo su lienzo busco!
No la habré, no, hasta que cesen,
oh España! tus infortunios!
(*entra en una tienda que habrá en el fondo.*)

ESCENA III.

ABDERRAHMAN, encubierto.

Animo! la noche es densa;
su sombra será mi escudo,
el profeta va conmigo,
no hay que vacilar un punto.
Abderrahman! tú has cruzado
siempre entre la niebla oculto,
el campo del nazareno
desconocido y seguro.
Alah te ha dicho: «levanta;
toma ese hierro, y sañudo
(*mostrando un puñal.*)
con sangre de un rey cristiano
tórñalo rojo hasta el puño.»
Sea! Abderrahman no teme;
su brazo es fuerte y robusto,
su pecho... tan insensible
como la entraña de un muro.
Llegó el momento, avancemos;
nadie me sigue; entre el luto
de las tinieblas, apenas
un leve rumor escucho.
Oh! si supiera...! villanos!
Pronto acudiendo en tumulto
sobre mi frente de Rey
lanzaran su odio profundo...
Pero Alah me ampare! El guía
mis pasos entre tan mudo
silencio, y trueca á mis ojos
en día el horror nocturno.
Mataré al vil! Las cien hijas
de Jesus, que él furibundo
me niega, yo en mi venganza
las amarraré á mi triunfo!
Cien doncellas! oh! cien flores
del pensil de Iberia orgullo!...
Los jardines de Mahoma
su aroma envidiarán puro.
Guárdalas, cristiano! Si ellas
están con lloro importuno

pidiendo á tu Dios laureles
para tu frente, que mucho
que toda la media luna
caiga ante la cruz con rudo
golpe, y que su blanco brillo
manche lodazal humido. ? (pausa.)
Todo un día de pelea!
Y cuando su manto oscuro
tiende la noche, un ejercito
gigante en valor y en número,
—Volveré mañana.— tiene
que decir, triste y confuso
a la faz de un ruin contrario
que sonrie con orgullo...!
Yo rechazaré esta ofrenda!
Yo desplomare iracundo
sobre el que á la tol los trajo
mi odio y mi vergüenza juntos!

ESCENA IV.

ABDIRRAHMAN y ORDOÑO.

(Abdirrahman se ha retirado á un extremo del teatro).

ORD. (entrando.) Pues con sangre, patria mia,
se han de apagar tus pesares,
sangre habrá, correrá á mares
al nacer el nuevo día,
Arde tu gente altanera
en ansia de pelear...

¡Mucho tiene que matar
si la han de saciar entera!
La hora de tu salvacion
llegó ya... tembale el pagano!
Cada golpe de mi mano
ha de hendir un corazon!

ABD. Pues en su sangre, alma mia,
quieres ahogar tus pesares,
la verás correr á mares
antes que despunte el día,
Sed de sangre, ardiente y fiera,
me consume sin cesar...
¡Mil veces lo he de matar
sin poder salvarla entera!
¡Oh! á cambiar mi decision
no basta poder humano!

(dando algunos pasos por la escena y mirando al rededor.)

He venido aquí, villano,
á arrancarte el corazon!

ORD. Mucho tarda en parecer
el alba... aguardo impaciente!

ABD. Rey del cristiano, en la frente
tu cetro te he de romper!

ORD. Que no pueda al tiempo dar
sus alas el pensamiento!

ABD. No, de mi rencor sangriento
nadie te podrá librar!

ORD. Oh patria, si tu estandarte
hollase la impia grey!...

ABD. Ay de ti, mezquino rey!
Está escrito; he de matarte!

ORD. O triunfar, ó perecer.
No sabe ceder España.

ABD. Aunque te oculte á mi saña
un abismo, has de caer!

ORD. Quién es?

ABD. Quién va?

ORD. Ordoño soy;
un soldado de la cruz.

ABD. Pronto asomará la luz... (ap.)

En grave peligro estoy!
(alto.) De la cruz soldado, yo
soy tambien... (ap.) Oh! hijo mia!
Mas qué hacer en lance tal?
Yo no retrocedo, no.

Aunque con mi ingenio luchó,
prosigo.— (alto.) Buen camarada,
sabeis que pesa la espada
fuera del combate mucho?

ORD. Os comprendo; de laureles
ansiais á España alfombrar...
Queréis como yo rajar
en la tol cráneos infieles!
Os ofende la inaccion,
os pinza el corage intenso,
oh!... y sentís un fuego fúncoso
que os incendia el corazon!...
Lo sentís, sí!... Y nunca calma
su ambicioso ardor violento!
Oh! lo sé... porque lo siento
yo tambien dentro del alma!

ABD. Teneis, amigo, razon:
habeis penetrado en mi alma:
este ardor no tiene calma,
Me consume el corazon.
Irresistible es su llama:
con ella ardientes y rojos
lumbre despulen mis ojos
y todo mi ser se inflama.
Mas... pues tiempo es de tornar
en cenizas su furor,
yo que tengo ódio y valor,
con sangre la he de apagar.

ORD. Si... pronto vendrá la aurora
y sangre infiel correrá;
pronto...

ABD. Sangre!... Antes la habrá.

ORD. Antes?...

ABD. Si.

ORD. Mas... cuándo?

ABD. Ahora.

ORD. Pues, por la virgen Maria!
Qué diablos pensais hacer?

ABD. Oh! todo se iba á perder! (ap.)
Evitémoslo (alto.) Decia... (suenan un clarín.)
Pero ois?

ORD. Es un clarín.

ABD. Un clarín!... (ap.) Oh! si será?...

ORD. Tal vez el moro querrá
precipitarse á su fin.

De su poder en su error
intentará hacer alarde,
para estrellarse cobarde
en el cristiano valor.

ABD. Mucho me apura el cristiano (ap.)
con su insolente altivez.

Tiemblo de rabia! (suenan el clarín.) Otra vez!
(dentro.) Al arma.

ABD. (ap.) Si algun villano!...
El rencor que el alma tiene

ata á este sitio mis pies;
mas grande el peligro es
y evitarle hora conviene.

ORD. (que habrá estado mirando hácia dentro.)
Gente llega!

ABD. (ap.) Ah! están aqui!

ORD. Es un soldado.

ABD. (ap.) Respiro.

Aun puedo, rey don Ramiro,
saciar mi cólera en ti!

ESCENA V.

Dichos, un SOLDADO.

SOL. Por la virgen, qué haceis?... El enemigo gritos de guerra furibundo lanza; pronto la lid empezará sangrienta sin que la alumbre perezosa el alba. Oh! entre las nieblas de la noche oscura al mundo asombrarán nuestras hazañas, que por la patria á pelear salimos y sabremos morir por nuestra patria. Siempre fué España de los bravos cuna; aun resuenan los nombres de Numancia, de Sagunto inmortal, cuyas hogueras antorchas son de la española fama. Como al cartaginés, como al romano ellas hicieron ver su noble audacia, ver haremos en breve al sarraceno nosotros nuestro arrojo en la batalla.

ABD. Mas... cómo antes del día...

SOL. Oid! há poco, cuando todo yacia en mayor calma, se oyó un largo alharido, que, terrible, del agareno campo se elevaba. Cien y cien voces repitieron fieras: «Dónde está nuestro Rey?... Nos le arrebató el cristiano tal vez con torpe engaño, de su valor temiendo la arrogancia?...» Y el campo todo en confusion ardía, y luces mil y mil de quier brillaban, y un solo grito ya, grito espantoso se oía en derredor... «Guerra y venganza!» Misterio tal para nosotros fuera impenetrable, si en la sombra parda no hubiera alguno visto deslizarse, pocos momentos antes, una estraña vision, que hácia nosotros avanzando, con pavorosa lentitud marchaba. Antes de que llegase al campamento, diz se la vió desaparecer, airada; ayes de horror lanzando, cual si hubiese del moro rey desaparecido el alma...

ABD. Eso pasó?...

SOL. No lo dudeis.

ORD. Corramos:

Dios tiende ya su mano á nuestra España, y vibrando los rayos de su enojo sobre la frente del infiel los lanza. Si la pasada lid miró indecisa, hoy la victoria nos dará su palma... No quede un mahometano!... Oh! ya los veo bajo el filo caer de nuestra espada! Decidle al rey que su caballo pronto (á Abderrahman.) para el combate está, que luego parta; que le espera su gente, y que es preciso triunfar ó perecer antes del alba.

ABD. Y... dónde el rey está?...

ORD. Vedle; reposa.

(levantando el lienzo de la entrada de la tienda en que entró don Ramiro.)

Acercaos á él.

ABD. Id, camarada;

su corcel aprestad; á vuestro frente estará en breve el rey.

ORD. Vamos.

ABD. (vanse Ordoño y Soldado.) Si, anda, déjame en libertad, bárbaro! Quiero clavar este puñal en sus entrañas!

(desnudo el puñal.)

Se apartaron?... No sé, pero mi gente

(escuchando.)

que lejos de su rey, alborotada corre al encuentro del cristiano fiero y á la muerte quizás... oh, hay que salvarla! Rey Ramiro, ay de ti!

(precipitándose hácia la tienda.)

RAM. (dentro.) Nuestro es el día!

ABD. Válgaine Alah! (dejando caer el puñal.)

RAM. (apareciendo á la entrada de la tienda.) Santiago, cierra España!

ESCENA VI.

DON RAMIRO y ABDERRAHMAN que habrá retrocedido espantado.

ABD. (ap.)

Su presencia me asombra y me confunde; su voz ay! me estremece, me acobarda.

RAM. Acércate, soldado. A mis valientes repetirás cuanto su rey te habla; con los oídos de la fé, cristiano, de tu señor escucha las palabras.

(pausa, y continua.)

Causado de pelear, luchando con la esperanza y el temor á un tiempo mismo de la noche solitaria quise en las tranquilas horas dar á mis afanes calma. Apenas en esa tienda entré, cuando desplomada la noche sobre mis ojos con toda su sombra vana, en pronto y profundo sueño dió alivio y solaz á mi alma. Dormía aun en paz suave, cuando en mi frente abrasada posarse sentí una mano; pero con tan dulce y grata impresion, como si un soplo de una brisa regalada viniese á enjugar en ella el sudor de la batalla. Desperté y en mis oídos sonó una voz mas que humana... una voz pura, argéntica, enérgica á un tiempo y blanda, como el vibrante sonido de las celestiales harpas. «Alza la guerrera frente, decia la voz sagrada, apresta el corcel brioso, enristra la aguda lanza, vé á liliar... tuyo es el día! Yo daré brio á tu espada! Aniquila al moro, al grito de ¡Santiago, cierra España!» Un resplandor soberano, una luz divina, santa, llenó la tienda, y de hinojos caí... por honra tan alta

dando gracias á los cielos
protectores de mi patria. *(pauza.)*
Ya lo escuchas, buen soldado,
di á mi gente estas palabras,
y sea este campo luego
tumba de la infiel canalla.

ABD. Con respeto le he escuchado... *(ap.)*
Con respeto... yo! La rabia
me aluga! Qué habré venido
solo á besarle las plantas?...
(alto.) Rey Ramiro, mientes, mientes!
Ni te hablo ningún fantasma,
ni será este campo tumba
de las huesos africanas.
Apresta el corcel brioso,
entrastra la aguda lanza,
corre á la lid... pero sabe
que la muerte allí te aguarda.

RAM. Quién eres tú, miserable,
que así á tu rey amenazas?...
Espíritu del infierno
que escupes veneno y rabia!

ABD. Soy tu enemigo mayor,
soy Abderrahman. *(descubriéndose.)*

RAM. Villana
acción, la del que te traje
á morir con mengua tanta
á mis pies... traición fué impia!

ABD. No ha sólo traición, te engañas;
trájome aquí irresistible
señal de tu sangre inhumana.

RAM. Desecrido!... Ibas acaso...

ABD. Iba á asesiarle.

RAM. Calla,
cobarde! Ocúltate luego!
Odio tu presencia, aparta;
tu voz mi corage enciende
y me hieren tus miradas.

ABD. Y tan noble es, rey, tu pecho,
tan generosa es tu alma,
que, teméndome en tus manos,
no te vengas y me matas?

RAM. Soy cristiano; si te viera
en la lucha, te matara;
pero aquí... tu sangre, moro,
fuera en mi nombre una mancha!

ABD. Una mancha!

RAM. Si; es villano
el que con las dobles armas
del valor y del poder,
como lieña hambrienta y brava
sobre indefenso contrario,
seguro de herir, se lanza...
y un villano no merece
la tierra pisar de España.

ABD. Aunque el puñal que há un momento
rasgar debió tus entrañas
al suelo cayó, y me asustan,
no sé por qué, tus miradas,
aun va un acero conmigo,
y aquí los dos, cara á cara,
sin traición y sin bajeza,
á solas con nuestra saña,
pelear podemos fieros
hasta que uno de ambos caiga.
(empuña la gúntia.)

RAM. Sea pues, cuándo ha temido
á ninguno de tu raza
don Ramiro, cuando?...

ABD. Y cuándo
tembló Abderrahman?
(dentro.) Al arma!

RAM. Cielos!

ABD. Espera; mi gente
lucia tus tiendas avanza...
Terrible será la lid,
pero habrá gloria!...

RAM. Si, marcha;
ponte á su frente, y lidiemos
(empieza á amanecer.)
entrambos por nuestra causa
como buenos caballeros,
y si te encuentro ó me hallas
tú en el sangriento combate,
que una de las dos almas
vuela al cielo ú al infierno
de la horrible muerte en alas!

ABD. Mas tus soldados...

RAM. Entiendo;
sígueme; ya empieza el alba
á brillar, pero aun su lumbre
se pierde en la sombra avara;
no hay riesgo; vamos, muy pronto
seguro estarás... qué guardas?
cobarde traición recelas?...

ABD. No; tus acciones bizarras
me avergüenzan! .. vamos!... oh!
Pisando estás mi arrogancia!
No, no mas mengua, cristiano!
Vamos... si, de la batalla
solo la sangre podrá
lavar de mi honor la mancha! *(salen.)*

ESCENA VII.

ORDOÑO.

Pero dónde está el Rey?... oh! le me acaso
el fallo irrevocable de la suerte?...
Para la salvacion faltale un paso,
falta un paso no mas para la muerte.
Hay mas que andarle con resuelto brio
y triunfar ó morir sobre la arena?...
No tiene por escudo el pecho mio?...
Qué teme, pues? La turba sarracena
ante la luz de sus ardientes ojos
ahogando su altivez y alma serena,
la orguida sien inclinará de hinojos,
y, como ante la faz de su destino,
temblará de pavor, de asombro llena,
cual hoja que estremece el torbellino.
Si á favor de la sombra habrá dejado
con loca valentia,
la tienda en que dormia
y al campo del infiel se habrá lanzado?...
Oh! en la tienda no está!... Válgame el cielo!
(mirando.)
Tendremos que llorar tras la derrota
la deshonra?... Oh, Señor! el desconsuelo
(alzando al cielo las manos.)
mira una vez de tus dolientes hijos;
un porvenir les muestra de ventura
en medio de pesares tan prolijos,
y estingue, en tu bondad, tanta amargura!

ESCENA VIII.

ORDOÑO y DON RAMIRO.

ORDO, El Rey!

RAM. Ordoño, vamos;
el moro quiere con su sangre el suelo
tinto dejar... A nuestras manos muera...
No hay esperanza para él; el cielo
me ha anunciado su fin; hoy nuestra gloria
va sublime á espantar su vista liera
con resplandor eterno de victoria.

ORD. Decís que el cielo...

RAM. Una vision divina
palabras de ventura en mis oidos
posó con voz suave y peregrina.
Pronto nuestros contrarios abatidos
(*suenan un clarín.*)
besarán nuestros piés!... que ya nos llama
el clarín; ya nos llama la pelea,
y, para que su gloria eterna sea,
lauros eternos nos darán la fama!
Quiero hablar á mis bravos; á su frente
el moro me verá, de espanto helado.

ORD. Id, señor, id; hablad á vuestra gente,
inflamad su entusiasmo amortiguado;
que os vea vuestro ejército valiente
y un Pelayo, será cada soldado; (*sale el Rey.*)
(*mirando por donde sale el Rey.*)

ORD. El cielo, oh Rey! que al justo no abandona,
hoy te ofrece en la lid otra corona!

ESCENA IX.

ORDOÑO, solo; habrá amanecido.

Alba que naces á alumbrar serena
la imagen torva de la horrenda muerte,
tú verás á la turba sarracena
maldecir loca su trocada suerte.
Tú la verás caer sobre la arena
del acero cristiano al golpe fuerte;
y el campo que hora abarcas anchuroso
lago será sangriento y espantoso.
Brilla, sí; brilla, deseada aurora;
á tu rayo el infiel tiembla y se aterra;
valles y montes ásperos colora
mientras en derredor brama la guerra.
Si oyes su carro resbalando agora
por la estension de la española tierra,
no circundes tu faz con denso velo!...
Que vuestras glorias ilumine el cielo!
Salga el radiante sol para alumbrallas;
y si nubes espesas le guardecen,
de su lumbre inmortal enormes vayas,
y á su paso tenaces se le ofrecen;
robe á Dios nueva luz hasta incendiallas
que para iluminar como merecen
los hechos mil de nuestro arrojo fiero,
del sol es poco el resplandor entero!
Oh! que esta lucha la postrera sea!
Que ella asegure, oh patria! tu sosiego!
Que avergonzado el bárbaro te vea,
y alce á tus plantas temeroso ruego!
(*ruido de armas dentro.*)
Pero ya escucho el son de la pelea!
Oh, voy allá!... mi corazón es fuego...
Siento mi alma de entusiasmo henchida...
Gloria, oh mi España, á tí!... tuya es mi vida.
(*vase.*)

ESCENA X.

D. RAMIRO y ABDERRAHMAN, dentro.

RAM. Moro, defiéndete! Llegó el momento

que anhelaba feroz tu negro encono!

ABD. Rayo es tu espada que divide el viento,
á cada golpe de tu brazo, siento
saltar mi sangre y vacilar mi trono.

RAM. La justicia de Dios viene conmigo,
y á castigarte, infiel! va por mi mano!
Tiembra! (*saliendo.*)

ABD. Nunca la faz de un enemigo
inspiró á Abderrahman temor villano.

RAM. Nunca?...

ABD. Jamás!

RAM. Yo tu soberbia ciega
furioso abatiré... tu muerte llega!
Sobre tí rugen la celeste saña!...
Oye, infeliz!...

(*dentro.*) Santiago, cierra España!

ABD. Ay, esa voz me hiere!... (*ap.*)

RAM. Enemigo de Dios!... (*riñen.*)

ABD. Ah!

RAM. Muere, muere!
(*caésele la gubia á Abderrahman.*)

ABD. Sí, mátame! De mi sangrienta mano
roto en pedazos mil saltó el acero.

RAM. Para hollar tu desgracia, soy cristiano;
para herirte traidor, soy caballero.

ABD. Oh! mas vergüenza sobre mí!... La ira
hierve en mi corazón, arde en mis ojos;
hoy todo, todo contra mí conspira!
Todo? No, que apagando mis enojos,
(*deteniéndose.*)
suenan una voz de inesperada gloria
y la laozan los míos... oh!

(*dentro.*) Victoria!

RAM. Cielos!... no, no! yo oí vuestro divino
acento, y en mi pecho la esperanza
brotar hicisteis de mejor destino.

ABD. Y te engañaste, oh Rey!... los cielos!... Poco
de sus altos favores te se alcanza!

RAM. No, que aun no el fin de mi esperanza toco;
aun escritas están en mi memoria
las palabras aquellas de consuelo
que oyó mi corazón, y que habló el cielo.

ABD. No conoces aun que todo ha sido
una falsa ilusión?

RAM. No; de mi gloria
yo el himno eterno oí!

ORD. (*dentro.*) A ellos, victoria!

RAM. Oh! gracias, gracias!

ABD. Esa voz te engaña!

RAM. (*conduciendo á Abderrahman hácia los bastidores.*)
Desdichado! Lo ves?... Se salvó España!

ABD. (*con abatimiento.*)
Todo se perdió ya!

RAM. Moro, aun te queda
la vida.

ABD. Qué me importa, si he perdido
el honor?...

RAM. Sálvate.

ABD. No, que me mate
tu gente; aquí la espero!

RAM. Del vencido
la sangre, el lustre del acero empaña
del soldado que abriga alma valiente.

ABD. No hay un solo cobarde entre tu gente?
(*con desesperación.*)

RAM. Vete; no hay asesinos en España,

ABD. Infeliz!

RAM. Mi caballo allí te espera;
úinate á los dispersos su carrera;
vuela, en escape rápido y violento
burla con él la rapidez del viento.

ABD. Abátesme otra vez...?

RAM. Si eso quisiera,
prisionero conmigo te llevara.

ABD. Tu prisionero no... tu esclavo fuera
(*enternecido.*)
y de tenerte por señor me holgára,
Partir es fuerza ya... Noble enemigo...
Rey generoso...

RAM. Adiós!

ABD. Penas sin cuento
llevo en el corazón... Parto al momento...
la bendición de Alah quede contigo. (*vase.*)

ESCENA ÚLTIMA.

D. RAMIRO, Ondoño, *entrando con espada en mano.*

ORD. Vencimos, con la luz de las estrellas
(*echándose á los pies del Rey.*)
to lo ese campo el bárbaro cubría;
ora en él marca temerosas huellas
y en su frente el horror alumbró el día.
Que escarmiento el infiel...! Las cien doucellas
que de párias en nombre nos pedía,
lijas de España son, y su decoro
no irán á hundir en el haren del moro.
Cuando intento feroz el mahometano
del polvo alzarse, en donde yace hundido,
á su antiguo valor llamará en vano;

su valor quedó aquí, muerto y vencido;
sepulcro dióle la cristiana mano,
nuestro orgullo sobre él desmenua orgullo!
Gloria al Rey mi señor, á España gloria!

RAM. Gracias al cielo dad por la victoria.
(*levantándolo.*)

Gracias, sí; por el cielo peleamos,
él lidiar nos miró, por él vencimos;
sobre el infiel su cólera arrojamos;
y al punto yerto á nuestros pies le vimos.
El laurel que en la brega le arraucamos,
vida dará inmortal á lo que fuimos,
y al contemplar los siglos su grandeza,
doblarán ante España la cabeza.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL
REINO, = *Es copia del original censurado.*

BARCELONA.

LIBRERÍA DE ISIDRO CERDÁ,

Plaza del Ángel, — 1877.